C R O N I C A D E L A A C A D E M I A

El bicentenario de la defunción del rey D. Fernando VI

El día 10 de agosto de 1759 falleció a los cuarenta y seis años de edad, en el castillo de Villanueva de Odón, el Monarca D. Fernando, augusto fundador de esta Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, que tomaría después el título de Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, al quedar incorporada en 1873 la Sección de Música a las tres en que había repartido entonces sus labores, es decir, Pintura Escultura y Arquitectura.

Nuestra Corporación quiso conmemorar ese bicentenario con varios actos que hubieron de celebrarse en los días 7 y 8 de noviembre.

El sábado, día 7, a las once de la mañana, se dijo en el templo parroquial de Santa Bárbara una misa de *Requiem,* que ofició el miembro de nuestro Corporación Excmo. Sr. D. Federico Sopeña, rezándose a continuación un responso ante la tumba que en dicho templo tienen ese Monarca y su consorte, D.ª Bárbara de Braganza, la cual había desaparecido del mundo de los vivos un año antes.

El domingo, día 8, a las seis y media de la tarde, la Academia celebró una sesión pública y solemne, constituída por cuatro partes, a saber:

1.ª «Las Bellas Artes en el reinado de Fernando VI», discurso del Excelentísimo Sr. D. Francisco J. Sánchez Cantón.

2.ª Entrega de la Medalla de Honor, otorgada en 1958 a la Fundación Lázaro Galdiano, con un discurso del Excmo. Sr. Director de la Corporación, D. Modesto López Otero.

3.ª Contestación a este discurso por el Director-Delegado de la Fundación y miembro numerario de nuestra Academia, Excmo. Sr. D. José Camón Aznar.

4.ª Inauguración de la exposición de dibujos pertenecientes al Museo de la Fundación e instalada en la nueva sala de nuestra Real Academia.

Esta sesión se celebró bajo la presidencia del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, D. Jesús Rubio García-Mina. En la mesa presidencial le acompañaban el Sr. Patriarca de las Indias y Presidente del Instituto de España, Excmo. Sr. D. Leopoldo Eijo Garay; el Director de nuestra Corporación, Sr. López Otero; S. A. R. el Infante D. José Eugenio de Baviera y de Borbón; el Censor de la Academia, Sr. Sánchez Cantón; el Director-Delegado de la Fundación Lázaro Galdiano, Sr. Camón Aznar, y el Secretario perpetuo de nuestra Corporación, Excelentísimo Sr. D. José Francés. En sitios preferentes tomaron asiento diversas personalidades, entre ellas el señor Subsecretario de Educación Nacional y varios miembros del Patronato de la referida Fundación. Asistieron gran

número de Académicos de nuestra Corporación y de otras Corporaciones hermanas, así como un distinguido público.

La disertación del Sr. Sánchez Cantón, que esta Revista semestral tiene el gusto de insertar en lugar preferente, fué digna de la profunda erudición y del amplio conocimiento de la época y de los artistas, que evocó nuestro Censor con fácil palabra y singular maestría.

Entrega de la Medalla de Honor de nuestra Academia a la Fundación Lázaro Galdiano, de Madrid

La segunda parte de la sesión pública y solemne celebrada por nuestra Corporación el día 8 de noviembre, estuvo destinada, como queda manifestado, a la entrega de la Medalla de Honor, otorgada en 1958 a la Fundación Lázaro Galdiano, con asistencia de las personalidades que se han mencionado anteriormente.

En tan sobresaliente acto, el Director de nuestra Academia, Excelentísimo Sr. D. Modesto López Otero, leyó el siguiente discurso de ofrecimiento:

Excelentísimos señores:

Señores Académicos:

En las actas y en otros documentos de nuestro archivo, se describen minuciosamente las solemnes sesiones públicas, dedicadas —principalmente durante el primer siglo de la vida corporativa— a estimular el estudio en la pureza neoclásica de las tres nobles artes y a ensalzar la figura del monarca protector. Allí, los grandes personajes de la sociedad cortesana; los académicos honorarios y de mérito, profesores, directores y consiliarios; allí también un auditorio culto y selecto, interesado en aplaudir y celebrar la entrega de premios a los discípulos de las clases regidas por la acreditada competencia de escogidos maestros, en el seno de la Academia misma.

La sesión que estamos celebrando puede recordarnos aquéllas, porque no ha faltado el elogio —tan preciso como elocuente— de nuestro censor al soberano amigo de las artes, en cuyo reinado se consolidó, hace doscientos años, el futuro de la Corporación, que rinde así el debido tributo de gratitud a la memoria del buen Rey D. Fernando VI.

Digo que esta sesión recuerda aquellas otras, porque, aunque apartada de la función docente, la Academia de hoy no pierde ocasión (si bien en otro aspecto no menos interesante, y de otro modo no menos honroso), de enaltecer el arte, distinguiendo a aquellos organismos y personalidades que dedican su actividad generosa e inteligente al desarrollo y protección de múltiples y siempre importantes manifestaciones artísticas, viniendo a premiar con esta Medalla tales nobles ocupaciones del espíritu.

Una afortunada coincidencia sitúa en el tiempo tres casos consecutivos de la misma condición y calidad: la del coleccionista que da origen a un gran museo para conservar en él lo que su competencia y paciente ingenio han ido reuniendo a lo largo de toda una vida, haciendo posible además, y con esplendidez, la segura continuidad y crecimiento de tantos afanes. El pasado año, y en acto análogo al presente, entregamos la Medalla de Honor 1956 al museo Marés, de Barcelona; hace po-

cos meses, la comisión nombrada al efecto propuso, y la Academia aprobó por unanimidad, la adjudicación de la correspondiente a 1958 al Instituto de Valencia de Don Juan, y ahora celebramos lo que significa en la cultura artística española de nuestro tiempo la Fundación «Lázaro Galdiano». Todo esto quiere decir el valor que la Corporación concede a las particulares colecciones de arte, conseguidas y ordenadas por varones meritísimos, que Dios sabe con cuánta pasión y a costa de cuántos esfuerzos han ido acumulando, para su satisfacción de eruditos e historiadores, claro es; pero también para su desinteresada aportación al conocimiento y disfrute de los demás.

Se distinguen estas colecciones del tipo de la integrada en la Fundación «Lázaro Galdiano», dentro de cierto eclecticismo, por un propósito de calidad exquisita; por un deseo de acopiar ejemplares cumbres, para cuya labor de investigación, análisis y clasificación, es preciso disponer de un cabal conocimiento de la historia del arte y de un especial sentido crítico. De la posesión de las otras condiciones complementarias, es decir, del buen gusto, de esa tenaz perseverancia, necesaria para alcanzar lo propuesto; del amor a todo lo que significare belleza plástica, dió evidentes pruebas D. José Lázaro Galdiano, culminando su dilatada existencia en preparar y en hacer posible la Fundación creada por el Estado con su espléndido legado, sin precedente, y una de cuyas consecuencias ha sido asegurar al público la ocasión diaria de participar en la contemplación gozosa de aquel tesoro artístico.

Si el acto de entrega de esta Medalla significa el reconocimiento público de los méritos de la entidad premiada, debe lógicamente acompañar el de los que, en justicia, corresponden a su creador, el cual, en este caso, no solamente dedicó su talento y su energía a la formación de esas colecciones, sino que desenvolvió sus facultades excepcionales en otro aspecto. Hombre culto, de vocación literaria, fué el editor de aquella revista, *La España moderna*, que representa un gran papel en la literatura española de entre siglos y que tanto contribuyó a la información crítica del panorama internacional filosófico, literario e histórico de la misma época.

Hombre también de acción, gran viajero y de especial carácter, de recio temperamento y firme voluntad, no debe extrañar esa doble y paralela personalidad de D. José Lázaro como editor y como coleccionista, ya que ambas actividades ofrecen en ciertos aspectos afinidades evidentes. Ambas necesitan una gran preparación documentada para lograr la necesaria selección de lo que ha de adquirirse o publicarse; selección no siempre afortunada, ya que lo emotivo, a veces engañoso, no es el menor componente en la decisión por la preferencia. El editor, como el coleccionista de arte, ofrecen todo lo suyo a la fama de los demás; sirven a la gloria ajena; revelan y afirman lo ignorado, y con frecuencia aceptan una obra de rango inferior si con ella se favorece o en ella se anuncia un talento; o se realza un nuevo modo de expresión o, simplemente, un aspecto original, útil a la historia del arte o de la ciencia.

La pasión coleccionadora de D. José Lázaro Galdiano creó, pues, ese museo que se ofrece como parte principal de la Fundación, y que debe ser conside-

rado como uno de los más importantes de España y uno de los primeros entre los de carácter particular. Allí, en el palacio del Parque Florido, denominado así por el propio Lázaro para vincular en la Institución el nombre de la ilustre dama que fué su esposa; en aquel palacio, ampliado recientemente con acierto de arquitectura, se exponen obras supremas de pintura y escultura sobre un fondo maravilloso de artes menores, con ejemplares únicos en su género; conjunto que, sucintamente y sólo con intención de elogio, me permito recordar a los señores Académicos, aunque su variedad y riqueza mereciesen una detallada evocación, inoporuna, sin embargo, en esta ocasión y momento.

Ese fondo se compone de una serie deslumbradora de marfiles y esmaltes, religiosos y profanos, de la mayor importancia histórica, ya que toda su evolución puede seguirse en piezas eminentes. Una colección riquísima de orfebrería francesa, alemana y española. Preciadas joyas, desde lo prehistórico y celta hasta lo moderno. Bronces italianos, clásicos, renacentistas y barrocos, de excepcionales calidad y cantidad. Vidrios venecianos. Cerámica y loza hispano-morisca y azulejería de selectos ejemplares. Tejidos cristianos y árabes, singularmente españoles, de lo más rico y singular. Medallas con ejemplares de todos los tiempos y representaciones. Armaduras y armas, entre ellas aquel valioso conjunto de espadas de varia procedencia, entre las que descuella la del Conde de Tendilla, regalo del Papa Inocencio VIII al capitán diplomático, y de especial interés en la introducción en España del estilo renaciente. Una sala entera dedicada a abanicos; objetos variadísimos, en fin, curioso o interesantes, pero siempre bellos.

Sobre tan espléndido fondo se admiran las obras de pintura que son el orgullo de la Fundación. De la española medieval, el tríptico de Juan Hispalense, la Virgen de Mosén Esperaendeu. Un gran conjunto de primitivos flamencos y alemanes, que con otros tablas españolas completan la representación de la pintura cuahrocentista del Museo. De la pintura flamenca, una obra maestra del Bosco: «San Juan en Pathmos». Cuadros de artistas universales del Renacimiento, de extraordinaria importancia, tales como el que representa la Cabeza del Salvador adolescente, por Leonardo de Vinci; un retrato por Van Dyck; el de Saskia, por Rembrandt; un delicado paisaje, de Hobbema, y otro de David Teniers, que pueden considerarse como ejemplares de sus obras maestras, etc.

La gran pintura española está allí magníficamente representada con el famoso autorretrato de Pedro Berruguete; obras primeras del Greco; Velázquez, con los estupendos retratos de una mujer y del gran poeta cordobés D. Luis de Góngora; lienzos de Zurbarán, de Murillo y de Claudio Coello, tales como «La comunión de Santa Tereza»; Valdés Leal; Carreño, con el retrato de Carlos II; los pintores del siglo XVIII, y, en fin, Goya, con su gran «Descendimiento»; el prodigioso boceto del tapiz «La era o el verano», sus repetidos retratos de personas reales, tan expresivos y brillantes, y los pequeños cuadros y bocetos de temas populares o fantásticos. También la pintura moderna tiene preciada significación por la selecta calidad de pintores románticos.

Con su gran intuición y su saber,

D. José Lázaro logró conseguir lo que en España no ha sido frecuente: obras excelentes de pintura inglesia, retratos de sus grandes maestros: Gainsborough, Reynolds, Rommey, Lawrence..., que elevan este museo a gran categoría.

Y pintura de otras escuelas, que en diversas salas alternan con obras excelentes de escultura renacentista y barroca; salas espléndidamente amuebladas; objetos inteligentemente colocados para la contemplación y el estudio, enseñanza viva de la historia del arte.

No podían faltar, en fin, los dibujos de maestros de importancia universal o de sus escuelas o estilos, cuya selección podrá ser adimarada por los señores Académicos en la exposición temporal que en la sala inmediata va a ser inaugurada seguidamente, y que la Fundación ha tenido la gentileza de ofrecernos.

Muchas de las obras reunidas en estas colecciones fueron estudiadas o reveladas en sendos trabajos publicados por el propio Lázaro, que fué además un buen escritor, y en los que, como suele hacerse en tal clase de trabajos, se analizan procedencias, se aquilatan fechas, se estiman y discuten influencias y matices creadores, aunque nunca se confiesen los errores y peripecias, muchas veces pintorescas, que acompañan la adquisición de los objetos.

Lázaro Galdiano, coleccionista, editor y literato, habría de ser, naturalmente, un bibliófilo. Y así, reunió códices miniados y libros de gran valor de autenticidad, tales como un ejemplar príncipe de las «Medidas del Romano», de Diego de Sagredo; el «Libro de descripciones de verdaderos retratos», de Francisco Pacheco, original ejemplar de la propia mano del pintor, y muchos más de su excelente biblioteca particular, fundida en la que hoy está al servicio de los estudiosos.

Tal es, en resumen, para lo que vivió este gran benemérito español.

Pero la Fundación, siguiendo el noble pensamiento de su creador, no se limita a la conservación de las colecciones encomendadas a su cuidado. El importante capital que D. José Lázaro legó a la nación es celosamente administrado por un Protectorado y un Patronato, integrados por altas representaciones oficiales, secundados por una Comisión ejecutiva y por un Director, nuestro ilustre compañero D. José Camón, que a sus dotes de excelente profesor de Historia y crítico de Arte, por nosotros bien conocidas y estimadas, añade las de autoridad indiscutida sobre un grupo de colaboradores competentes. Este gran equipo y aquella gran fortuna, permiten a la Fundación realizar tales actividades, siempre coincidentes con los ideales del generoso donante.

En primer lugar, la Fundación, con sus frecuentes participaciones en exposiciones nacionales y extranjeras, contribuye a aumentar en el mundo el prestigio de nuestras artes históricas. Como lo hace también mediante sus publicaciones, de las que es muestra bellísima la revista «Goya», que todos conocen y de la que puede decirse va a la cabeza de las de su género en Europa, editada a costa de sacrificios económicos. La Fundación ha encomendado a reconocidos especialistas la preparación y redacción de importantes libros sobre arte español de aquellos períodos que necesitan un mayor esclarecimiento. En la actualidad, y entre los diferentes títulos en preparación, acaba de publicarse un magnífico volumen

sobre «Escultura barroca castellana», del que es autor el catedrático D. Juan José Martín González.

Dege agregarse el ofrecimiento a la juventud estudiosa de numerosas becas para el estudio de la historia del arte en el extranjero.

Pero otra aplicación del tesoro fundacional se debe señalar por su ejemplar interés. Me refiero al empleo de cantidades importantes en las obras de conservación del patrimonio monumental de España. Hasta ahora, el Patronato ha adquirido y entregado al Estado esa joya de la arquitectura mozárabe que es la ermita de San Baudelio de Berlanga, y ha contribuído a las excavaciones de Medina Azzahra, que tanto valor ofrece para el estudio de la arqueología hispano-musulmana. Y así también a la restauración del castillo de la Aljafería y a la consolidación del palacio de Gelmírez, en Santiago de Compostela, ejemplos capitales de nuestro acervo monumental.

Tal orientación del empleo de aquellas rentas debe parecernos digno de imitación por otras Fundaciones no menos ricas y generosas. Un modo eficaz de afinar la cultura pública y educar a las gentes en el respeto y amor a su patrimonio artístico (cosa que hace más falta cada día), consiste en colaborar con el Estado en la ingente labor de conservación de ciudades y monumentos. El erario no puede nutrir suficientemente el presupuesto de tan esencial servicio, no obstante la buena voluntad de nuestro ministerio y la competencia de nuestra Dirección de Bellas Artes, por lo que, a pesar de tantas excelentes intenciones, el resultado tiene que ser más lento que lo exigidos por el impaciente deseo de resurgimiento de tanta heredada ruina.

Ya sé, señores Académicos, que todo lo que acabo de recordar no era necesario como justificación de méritos, pues que esas mismas fueron las razones que originaron el voto unánime de la Academia para llegar al momento presente. Pero no he dudado en hacerlo, muy seguro de que este elogio, siquiera tan breve y mal pergeñado, es oportuno y además necesario, para que el público conozca y alabe y en su conciencia perdure el nombre de insignes varones que, como el de J. José Lázaro Galdiano, tanto bien han hecho a España.

Tengo, pues, la satisfacción de entregar, en nombre de esta Real Academia, la Medalla de Honor 1957 a la Fundación «Lázaro Galdiano», con el placer, además, de hacerlo asociando tan honrosa misión al acto de homenaje a la memoria de nuestro buen Rey D. Fernando VI.

* * *

Este discurso fué largamente aplaudido. Seguidamente el Sr. López Otero hizo entrega al Sr. Camón Aznar de la Medalla y diploma de la concesión otorgada a la Fundación «Lázaro Galdiano», y el público, puesto en pie, también aplaudió calurosamente.

A continuación, el Sr. Camón Aznar agradeció a la Academia el honor que ésta había dispensado a aquella gloriosa entidad, pronunciando el siguiente discurso:

Al recibir esta Medalla y agradecer a la Real Academia de Bellas Artes su concesión —el mayor honor que puede otorgarse hoy en España a una Institución dedicada a tareas artísticas—, creo de justicia historiar levemente el proceso de esta Fundación.

Entrega de la Medalla de Oro a la "Fundación Lázaro Galdiano".

Un momento de la inauguración de la Exposición de Dibujos.

ANTON VAN DYCK: *La Marquesa de Spínola.* (Dibujo a pluma.)

J. A. D. INGRES: *Hoja de un álbum.* (Dibujo a lápiz.)

JUAN DE JUANES: *El Príncipe de Viana curando a un leproso.*

FRANCISCO DE GOYA: *Dama escribiendo.*

Cuatro dibujos presentados en la Exposición de la «Fundación Lázaro Galdiano», a que hace referencia nuestra «Crónica».

Fué en 1947 cuando D. José Lázaro Galdiano dejó todos sus bienes, sin exigencia ni condición alguna, al Estado español. Y el Estado español, con una clarividencia y generosidad, uno de cuyos frutos es precisamente esta Medalla, en lugar de dispersar sus tesoros y colecciones por distintos organismos oficiales, los reunió en una Fundación encargada de exponer las obras de arte y de difundir y alentar los estudios artísticos.

Tenemos, pues, como primera obligación el mostrar nuestra gratitud al Jefe del Estado, Generalísimo Franco, y al entonces Ministro de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín, que acertaron a plasmar institucionalmente este fabuloso legado.

En 1950, y a los pocos meses de ser nombrado Director el que os habla, se abrieron los tres pisos de la que fué residencia del Sr. Lázaro Galdiano, previa su adaptación arquitectónica según los planos aprobados por el Patronato, por el arquitecto Sr. Chueca.

La inauguración de este Museo, realizada por el Jefe del Estado, causó una verdadera sensación por la riqueza y variedad de sus fondos, por la accesión al público español de unas series singularmente de artes industriales, poco o en algunos casos nada frecuentes en nuestros Museos. El recuerdo agradecido a la intervención del entonces Subsecretario, Sr. Rubio, y del Director general de Bellas Artes, Sr. Marqués de Lozoya, así como de los demás miembros del Patronato, debe quedar aquí consignado.

Esta fué sólo la etapa inicial de esta Fundación, cuyas actividades en la esfera de la protección a las Bellas Artes, restauración de monumentos insignes, como la Aljafería, San Baudelio de Berlanga, el palacio de Gelmírez y Medina Azahara, ya han sido amablemente comentados por el Director de esta Real Academia, Sr. López Otero.

La que pudiéramos llamar segunda etapa se vió asimismo favorecida por el interés y la incesante preocupación que por esta Fundación tuvieron el señor Ministro de Educación Nacional, Sr. Ruiz Giménez; el Presidente de la Comisión Permanente, Sr. Royo Villanova, y el Director de Bellas Artes, señor Gallego Burín. Justo es también consignar la feliz labor que en la recuperación de bienes extranjeros realizó el entonces Director de lo Contencioso, Sr. Fernández Arroyo.

Entre las iniciativas que en esta etapa pudieron alcanzar ya su plenitud figuran la fundación de la revista «Goya», objeto de tantos afanes, bien recompensados por la difusión y prestigio que en los medios artísticos españoles y extranjeros ha alcanzado. Permitidme que os diga que es esta revista uno de los orgullos de esta Fundación. En ella hemos procurado equilibrar armónicamente al arte antiguo y moderno, informar al público español de la marcha del arte en todo el mundo, y, a su vez, propagar nuestros valores artísticos y difundir las obras señeras del Museo Lázaro. Creemos que es esta la forma de mecenazgo más fecunda y vital que puede desarrollar una Institución como la nuestra. Y es de justicia destacar la labor del Secretario de la revista, Sr. Hernández Perera, y del confeccionador, el gran dibujante Sr. Pena.

Podemos hablar de una tercera etapa de la Fundación bajo la dirección del actual Ministro, Sr. Rubio, y del Subsecretario, Sr. Maldonado, que ha

tenido como una de sus expresiones la apertura de la cuarta planta de este Museo, destinada a exponer la maravillosa colección de tejidos, armas, medallas, abanicos y otros objetos en series resplandecientes. Y de la Casa institucional, con su magna biblioteca de arte.

A esta actividad museal acompaña la editorial, en la cual, además de las Guías de este Museo, que han alcanzado ya tercera edición, se añade la reciente publicación del gran libro del catedrático Sr. Martín González sobre «La escultura barroca castellana». Aspira esta tarea editorial a rellenar los grandes temas poco cultivados en nuestra bibliogarfía artística. No es nuestra labor por ahora de carácter investigador ni de aportación documental. Para ello hay instituciones que en este ámbito de la cultura cumplen maravillosamente su labor. Los libros, encargados a los más prestigiosos profesores y cultivadores de la historiografía artística española, nos darán visiones amplias y completas de sectores enteros de nuestro arte.

Entre los colaboradores cuyo trabajo han hecho posible estas realizaciones, queremos consignar en primer lugar al malogrado Subdirector, Sr. Camps Cazorla, muerto cuando más prometía su talento y su erudición. Su sucesor, don Enrique Pardo Canalís, ha sido un compañero eficacísimo y abnegado en esos trabajos, tantas veces perentorios, a que nos obliga la marcha de esta Institución. Y quede también constancia de la leal y esforzada labor de todos los que diariamente nos acompañan en las distintas tareas administrativas y y museísticas de esta Fundación. En esta tan sumaria referencia a los colaboradores, queremos consignar los nombres del Bibliotecario, Sr. Rodríguez-Moñino, y de su esposa, D.ª María Brey, encargada del Archivo. Y en las labores internas de la Fundación, al jefe de Recuperación de Bienes, señor García-Conde, y al de Contabilidad, Sr. Valdés.

No es este el momento de ensayar una biografía de D. José Lázaro, tan compleja y exuberante, cuya gran inteligencia, apurada sensibilidad y conocimientos positivos en la esfera de las artes han permitido reunir un Museo tan denso y magistral como el que lleva su nombre.

El coleccionismo, cuando alcanza el desbordamiento y la fruición estética que supone la reunión de tantas piezas maestras, es por sí mismo una obra de arte. Desde los catorce años en que adquirió la primera pieza (una medalla de Pisanello) hasta su muerte, los más finos productos de la civilización occidental han pasado por sus manos, han sido acariciados por su mirada, han sido sopesados en su valor artístico y comercial, y han terminado, por fin, por engrosar el tesoro que llenaba hasta desbordar, cuando nos encargamos de la dirección y organización del Museo, anaqueles, vitrinas, armarios y bargueños. Las más raras y exquisitas creaciones de nuestra cultura ahí están formando, nos atrevemos a decir, el primer Museo privado del mundo.

¿Definiríamos el coleccionismo como la vocación frustrada de un alma de artista? Cuando este coleccionismo es ávido de todas las formas del arte, cuando supera lo que con tanta frivolidad se llama manía coleccionista por un apetito de belleza que busca todas las muestras en que la genialidad del hombre ha dejado su huella, entonces hay que pensar que es ésta una de las

tareas más nobles del hombre y la expresión de un anhelo creador que no ha encontrado su cauce en una obra personal. Porque el coleccionista a la manera de D. José Lázaro Galdiano no busca rarezas arqueológicas, no pretende agotar un tema histórico, artístico o popular; no se desinteresa de todo lo que no sea una afición excluyente, sino que con un ansia sin límites rebusca y adquiere todo lo que presenta alguna huella de hermosura artística y aun de la inteligencia del hombre. Pudiera parecer que, a semejanza del proceso de formación de los museos, el coleccionismo fuera una consecuencia del historicismo de las épocas modernas, cuando una nostalgia del pasado y una sustantivación de las culturas que han sido, nos incitan a recoger y a admirar sus testimonios. En el afán coleccionista de D. José Lázaro hay algo más. Hay la personal golosura de las obras bellas, la seducción del arte por el arte, de las formas cuyo goce termina en su misma hermosura. Y así, nuestro Museo ha sido formado no con un criterio arqueológico ni historicista, sino estético. Lo ha presidido la pura belleza. Y ello determina esa selección tan compensada de las piezas y el atractivo visual que por sí mismas ofrecen. Ahí están expuestos estos tesoros, que, siguiendo las directrices de la convocatoria para la concesión de este premio con que hoy nos honra la Academia, son el mejor ejemplo para la formación artística del público. Es emocionante contemplar sus salas cuando, en un día de fiesta, es mayor el número de visitantes. La devoción, el silencio casi religioso, la admiración tímida que la vista de estos tesoros produce, resultan ejemplares.

Bien definidos están en el discurso del Sr. Director de la Academia otros aspectos de la personalidad del señor Lázaro Galdiano. Podemos decir que España cometió con él la injusticia de descuidar, a lo menos, el elogio y valoración de sus tareas editoriales. Diremos que en este aspecto fué uno de los rectores de la cultura española en los primeros años de nuestro siglo. Su aguda sensibilidad le hizo el descubridor de los que después han sido hombres ilustres de la generación de Menéndez Pelayo y de la del 98, como Unamuno. Esta Editorial, que publicó más de seiscientos títulos, fué acompañada de la revista «La España Moderna», comenzada en el año 89 y continuada hasta el año 1914; de la «Revista de Derecho y Sociología» y de la «Revista Internacional».

Nos ha parecido que el mejor homenaje a la memoria de este insigne legatario es exponer lo que él tan esforzadamente ha amado a través de toda su vida, con la máxima dignidad museística. Y ahí están desbordando la imaginación sus series de marfiles, de esmaltes, de joyas, de pequeños bronces del Renacimiento, de estatuas, de cuadros de todas las escuelas y de tantas y tantas riquezas mostrando la espiritualidad y la embriaguez de belleza que durante su vida dominó a D. José Lázaro Galdiano.

La Medalla de Honor concedida por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando es el máximo galardón a que pueden aspirar las instituciones que hayan fomentado el arte en España. Las concedidas hasta hoy prestigian a las futuras. Las Diputaciones provinciales de Navarra y de Pontevedra, los Ayuntamientos de Barcelona, Granada, Burgos, Bilbao, Salamanca, Córdoba, la Sociedad Española de Ami-

gos del Arte, los Amigos de los Museos, de Barcelona, y, por último, la concedida al Museo Marés, nos ilustran sobre la justicia de estas concesiones, en las que se aquilatan los méritos y las labores en pro del arte, con independencia y minuciosidad.

Pero no son necesarios estos precedentes para proclamar el altísimo honor que esta distinción supone para nosotros. Ello quizá no sea valorable en toda su significación para el que no conozca a la Academia en su intimidad. Quiero prescindir aquí de todos los títulos de su gloriosa historia. En el libro de Caveda está consignado el papel salvador de la Academia en algunos de los momentos más infecundos de nuestra historia artística, cuando una atonía en el pensamiento y en la inspiración apagaba el arte de destinación religiosa y una mediocre técnica hacía caer verticalmente la grandeza de la escuela española de la época austríaca. En el siglo XVIII fué la Academia la que promovió no sólo el cultivo, sino la continuidad de una tradición a punto de extinguirse. La que estimulaba el discipulaje de los grandes maestros españoles del barroco y la que a la vez, con la presencia de artistas franceses, italianos y austríacos, situaba a nuestro arte en el clima de una estética universal no demasiado bien avenida con nuestro temperamento. Yo quiero referirme a su enorme vitalidad, no traslucida al exterior. No es la Academia de Bellas Artes archivo de unos ideales empolvados por el desuso. No se refugian en ella unas normas incompatibles con el arte de nuestro momento. Yo, que asisto con asiduidad a sus sesiones, puedo deciros que éstas son, en su mayor parte, de lo más vivo y hasta dramático que puede ofrecer actualmente ninguna institución. Y aún me atreveré a decir que la Academia está hoy en la vanguardia de las preocupaciones por salvar el tesoro artístico de nuestro pueblo. Ni en una sola de sus sesiones dejan de promoverse decepcionantes protestas, amargas lamentaciones, ante este tesoro de la tradición, que la sociedad, con unos u otros pretextos, está liquidando. Y es emocionante verla inerme, sin más fuerza que la del ideal, debatirse con Ayuntamientos que con pretextos —o sin pretextos— urbanos amenazan monumentos venerables; con organismos o particulares poderosos, movidos tantas veces, con desprecio del arte, por la codicia o las conveniencias egoístas.

Y al lado de esas encendidas protestas que agitan todas sus sesiones, hay también un sentido de la moderación y de la justicia, que mantiene sus alegatos con un decoro y dignidad expresiva que es tradición de señorío. Pues bien, es esta noble Academia, la de ayer promotora de todas las novedades estéticas europeas, y la de hoy, conservadora, por un lado, de los valores artísticos que resisten a los tiempos, y, por otro, del magno legado monumental de los siglos, la que nos ha reconocido un mecenazgo y papel difusor de la cultura artística, de los que procuraremos hacernos dignos. Pocos años cuenta en su haber la Fundación Lázaro Galdiano. Y ello es la mejor garantía de nuestra gratitud a la Academia. Esta distinción no corona con su laurel una obra ya terminada. Por el contrario, podemos decir que está en sus comienzos. Nuestros proyectos pecan más de ambiciosos que de tímidos. Si en alguna esfera de la cultura puede España ejercer una labor de magiste-

rio, es en el arte. Y su expansión y conocimiento es nuestra meta.

Esta distinción que nos habéis concedido es el golpe de remo hacia el futuro. Y la lealtad y esfuerzo por cumplir nuestra misión será la mejor muestra de nuestra sentida gratitud.

* * *

Al final de este discurso resonaron los aplausos unánimes del auditorio, que llenaba el Salón de Actos públicos de la Academia.

Recepción académica del Excelentísimo Sr. D. Juan Antonio Ruiz Casaux

El día 22 de noviembre se celebró una sesión pública y solemne de nuestra Corporación para recibir al nuevo Académico numerario cuyo nombre encabeza estas líneas, con asistencia de altas personalidades y de un público numeroso. El recipiendario desarrolló un extenso discurso, bajo el epígrafo «La música en la corte de Carlos IV y su influencia en la vida musical española». Después de un preámbulo, donde tuvo encendidas frases de elogio para su antecesor, el maestro D. Bartolomé Pérez Casas, y para el director de orquesta D. Ataúlfo Argenta, que había sido elegido para ocupar aquel puesto, pero no pudo tomar posesión por su trágica muerte, acaecida cuando ya tenía redactado el discurso de ingreso, el Sr. Ruiz Casaux se adentró en el tema, haciendo una completa síntesis de lo que representa en la historia musical española el período de proteccionismo y mecenazgo inteligente de la dinastía borbónica en nuestra nación. Trazó interesantes referencias en torno al Monarca, que siendo Príncipe de Asturias, y hasta que entró en el disfrute de la corona, se había distinguido en aquella afición. Asimismo alabó el estímulo prestado por D. Carlos III a su hijo, creando la Real Cámara de Música. Y tuvo palabras de gran aprecio para el violinista y compositor Gaetano Brunetti, personalidad que en la corte española había adquirido gran auge a costa de Luigi Boccherini, insigne compositor y violonchelista, protegido por el Infante don Luis, hermano de D. Carlos III.

El discurso del recipiendario fué reforzado con varios apéndices de gran valor histórico. Reproduce el primero de esos apéndices los nombres de profesores de instrumentos de arco de la Real Capilla y Cámara, que poseían instrumentos excelentes, inaugurándose la relación con el nombre del entonces acreditadísimo violinista Jaime Rosquellas, poseedor de un Stradivarius. La relación siguiente menciona ilustres personajes de la sociedad española y varios profesionales no inscritos en la lista anterior, que también eran dueños de valiosísimos instrumentos de arco, inaugurándose esta segunda relación con el nombre del Duque de Alba, el cual poseía tres violines de marca, a saber: un Stradivarius, un Stainer y un Assensio. El tercer apéndice contiene los nombres de extranjeros domiciliados en España, que también eran propietarios de violines famosos. Por estas relaciones, tomadas de las cuentas del violero P. Assensio, se sabe que D. Juan Pignatelli poseía un Stradivarius y un Amati. Todo ello da un total de ciento once instrumentos, de los cuales cerca de cincuenta

habían salido del taller de Stradivarius.

Al finalizar el discurso, el recipiendario tocó al violonchelo la parte solista del primer tiempo de una sonata para violín que el compositor Brunetti había compuesto para el Príncipe de Asturias, D. Carlos, y sólo para él, como dice la portada, cuyo facsímil reproduce el discurso. El Sr. Ruiz Casaux hizo esa adaptación instrumental y además realizó la parte de bajo para piano. Le acompañó en este instrumento S. A. R. el Infante D. José Eugenio de Baviera, miembro de nuestra Corporación, obteniendo uno y otro prolongadísimos aplausos al término de esta ejecución musical.

En nombre de la Corporación le dió la bienvenida el Excmo. Sr. D. Federico Sopeña. Analizó la alta significación del Sr. Ruiz Casaux en la música española de nuestro tiempo como concertista notable, cultivador de la música de cámara, en la que obtuvo grandes triunfos; catedrático del Conservatorio, donde enseñó a discípulos muy aprovechados, y, finalmente, como jefe de la Sección de Música del Patrimonio Nacional y conservador de los Stradivarius.

Tanto el novel Académico como aquel que le dió la bienvenida tuvieron en el curso de sus disertaciones frases de alabanza para aquel siglo XVIII español, que en lo musical ha tenido a veces desdeñosas apreciaciones por desconocimiento de muchas obras creadas a la sazón.

Réstanos añadir que, interesado el señor Ruiz Casaux, desde tiempo atrás, por que volviese a nuestro país una de las dos violas Stradivarius pertenecientes a la corte de Madrid y desaparecidas con los demás instrumentos de la misma familia cuando abandonó España el rey intruso José I en 1813, sin haber tenido la suerte de acompañar a éstos cuando fueron devueltos más tarde, vió coronadas sus gestiones merced al solícito apoyo que prestó nuestra Corporación a ese loable intento, coronado por la decisiva intervención del entonces Ministro de Educación Nacional, y actualmente miembro numerario de la Academia, Excmo. Sr. D. José Ibáñez Martín.

En el Instituto de España

En virtud de lo dispuesto por los artículos 11 y 12 del Instituto de España, este organismo comunicó a nuestra Academia que correspondía la elección o reelección de un Vocal que la representase en la mesa de aquel organismo.

El Excmo. Sr. Director de la Academia propuso que fuera reelegido el actual representante, Excmo. Sr. D. José Francés, Secretario perpetuo de nuestra Corporación, y así se acordó por unanimidad en la sesión del día 19 de octubre.

Fallecimiento de la viuda del maestro Pérez Casas

La Excma. Sra. D.ª María de los Angeles Ros y Castelo, viuda del que fué inolvidable miembro de esta Academia, aplaudido compositor y eminente director de la Orquesta Sinfónica, primero, y posteriormente de la Orquesta Nacional, falleció en Madrid el día 30 de octubre.

Asistió al sepelio en representación de nuestra Corporación el Académico

bibliotecario, Sr. Subirá, y en nombre de la misma dió el pésame a los familiares, quienes le hicieron saber que la finada había dispuesto en su testamento se hiciera donación a nuestra Academia de retratos y otros recuerdos personales de aquel eminente compañero, el cual había donado a la misma su valiosa biblioteca, con la que, a raíz de su óbito, pudo quedar enriquecida considerablemente la Sección musical.

El Sr. Director propuso que constara en acta la más profunda condolencia por aquella pérdida dolorosa. Acordado así, se dió cuenta de ello a los parientes de la finada.

En sesión de 7 de diciembre se leyó la carta que el albacea testamentario, D. José de Andrés, remitió a la Academia, haciendo al mismo tiempo entrega de los objetos donados, que eran los siguientes: un busto y un retrato del maestro, por el escultor Ortells y el pintor Benjamín Palencia, respectivamente; la mano en escayola del mismo maestro, la partitura manuscrita de su «Suite murciana» y un estuche con sus batutas.

El Sr. Subirá fué encargado de colocar todo ello debidamente en la Biblioteca, lo cual efectuó con interés y premura para honrar la memoria del artista, que había sido tan valiosamente atento con nuestra Academia.

Un boceto de D. Arturo Mélida

En la sesión del 26 de octubre, el Excmo. Sr. Director de la Academia hizo entrega a la misma de una pintura original de este excelente pintor y arquitecto, que había sido eminente compañero de nuestra Corporación, dejando perdurable memoria. Se trata de un boceto que represetna la figura de San Fernando, Patrón de la Real Academia de Bellas Artes. Este preciado obsequio fué recibido directamente de D.ª Julia Mélida, hija de D. Arturo Mélida, y se acordó dar las gracias a esta señora por esa valiosa demostración de afecto a nuestra Academia.

Restos mortales de personalidades eminentes

Proponiéndose el Excmo. Ayuntamiento de la villa de Madrid realizar en brevísimo plazo importantes obras de excavación y afirmado en algunas plazas, especialmente las de San Martín, Santa Ana y los Mostenses, el Exelentísimo Sr. D. Modesto López Otero, Director de nuestra Academia, dió cuenta de que la Corporación hermana de la Historia, a propuesta del Excelentísimo Sr. D. Francisco J. Sánchez Cantón, que es Director de la misma, y también eminente Censor de la de Bellas Artes de San Fernando, había tomado un acuerdo de positivo interés.

Se recordó, en efecto, que algunos de aquellos sitios conservan restos de enterramientos de grandes figuras de nuestra historia artística, y muy especialmente los de Tiépolo, Jorge Juan, el padre Sarmiento y Felipe Gubera (arquitecto que había trazado el proyecto del Palacio Real en la plaza de las Descalzas, donde estuvo el convento de San Martín). Convenía, pues, rogar al Ayuntamiento el mayor cuidado y precaución en las excavaciones, y que se colocase en aquel lugar una lápida donde se hicieran constar los nombres de las personalidades enterradas allí.

El Director de nuestra Academia, tras acoger esta feliz iniciativa, creyó

que la colocación de la lápida no debería solicitarse del Ayuntamiento, sino que debería correr a cargo de ambas Academias, pues a ellas corresponde más honrosamente ese tributo de recordación.

Con tal motivo recordó el Excelentísimo Sr. Marqués de Lozoya que, merced a la iniciativa del que había sido nuestro eminente compañero, Excelentísimo Sr. D. Elías Tormo, se había colocado algún tiempo antes otra lápida en aquel sitio, próximo a la plaza de Oriente, donde se supone con base de certeza que fué enterrado el glorioso pintor Diego de Velázquez.

La obra "Castillos de Cataluña"

En la sesión del 13 de octubre, el Académico correspondiente en Barcelona, D. Luis Monreal y Tejada, hizo entrega, como un obsequio y recuerdo de su primera asistencia a nuestras sesiones, de la espléndida edición de la obra «Castillos de Cataluña», publicada en catalán, cuyo presente y segundo tomo corresponde a los castillos de la provincia de Barcelona. El primero de ellos fué consagrado a la provincia de Gerona, y a éstos seguirán dos más, referentes a Lérida y Tarragona, así como uno que cerrará la serie y versará sobre la expansión de la arquitectura catalana en el Mediterráneo. La edición tiene carácter de bibliófilo, va numerada y lleva notabilísimas reproducciones y texto original del donante, en colaboración con D. Martín de Riquer.

El Sr. Director, en nombre de la Corporación, agradeció el importantísimo donativo.

Un concierto de música española en Oslo

Nuestro Académico correspondiente en esta capital noruega, Mr. Magnus Grönvold, ha comunicado a nuestra Corporación que el día 24 de septiembre último celebró allí un concierto la Orquesta Filarmónica local bajo la dirección del maestro español Enrique Jordá. El programa incluyó obras, todas muy gustadas y aplaudidas, de varios autores de nuestro país, a saber: la segunda suite del ballet «El sombrero de tres picos», de Falla; «La procesión del Rocío», de Turina, y «Zarabanda lejana» y «Villancico», de Joaquín Rodrigo.

La Academia agradeció a aquella Orquesta la inclusión de música española en su programa, y a Mr. Grönvold le manifestó su reconocimiento por la atención de comunicar tan grata noticia.

Homenaje al compositor Joaquín Rodrigo

En el pasado mes de octubre se rindió un homenaje público en Aranjuez al Académico Excmo. Sr. D. Joaquín Rodrigo, dando su nombre a una calle de dicha villa, como recuerdo y gratitud a su composición, de renombre universal, «Concierto de Aranjuez», escrita para guitarra y orquesta.

Al emotivo acto de descubrir la lápida donde figuraba este nombre, asistieron ilustres personalidades llegadas de Madrid. La Academia, en sesión del 19 de dicho mes, felicitó al maestro Rodrigo y acordó que constara en acta la satisfacción corporativa por aquel homenaje.

La Historia de la música española en Francia

En sus programas de emisiones culturales, la Radiodifusión-Televisión francesa organizó seis emisiones bajo el título «Conocimientos musicales: Música española», celebradas semanalmente, en viernes consecutivos, a partir del 29 de octubre, teniendo por marco el «Collège des Ondes».

La primera conferencia, escrita por nuestro Correspondiente en París, monsieur Chailley, estuvo dedicada a Tomás Luis de Victoria. La cuarta, corrió a cargo del compositor y musicólogo francés M. Roland - Manuel. Las cuatro restantes fueron encargadas al Académico Bibliotecario y Secretario de la Sección de Música de nuestra Corporación, Excmo. Sr. D. José Subirá, versando sobre varias fases de la música española durante los siglos XVII y XVIII.

Estos actos culturales resultaron, sin duda, beneficiosos para el mejor conocimiento de la historia de la música española en el suelo francés, y la Academia se congratuló con la noticia.

El Premio de la Raza

Reunida la Sección de Música el día 30 de noviembre para estudiar el Premio de la Raza correspondiente al año actual, propuso que dicho tema llevase el título «Influencia de la Música Popular Española en la de Hispanoamérica».

La Academia, en sesión de 9 de noviembre, aprobó este dictamen e inmediatamente se procedió a anunciar el concurso.

Fallecimiento de Mr. Bernard Berenson

El Censor de nuestra Academia, Excelentísimo Sr. D. Francisco J. Sánchez Cantón, dió cuenta, en la sesión de 13 de octubre, del fallecimiento del investigador, historiador y crítico de las Bellas Artes, cuyo nombre encabeza estas líneas. Expiró a los noventa y cuatro años de edad en su villa de Betignano, inmediata a Florencia, y fué una de las personalidades más sobresalientes y de renombre universal en ese terreno artístico. La semblanza trazada por el señor Sánchez Cantón se puede resumir así:

Bernard Berenson, de origen humildísimo, era hijo de una oscura familia hebreo-lituana. Se trasladó muy joven a Norteamérica, donde realizó sus primeros estudios, que habían de culminar en la más respetada y dilatadísima reputación de gran historiador de arte, especialmente en lo relativo a la pintura italiana. Su obra más culminante, y traducida a numerosos idiomas, es «La pintura italiana del Renacimiento», plena de profundidad investigadora, de sólida cultura, de relevantes y reveladores estudios, que hacen inapreciable su consulta. Nacionalizado ciudadano americano, fué bien pronto destacado como una autoridad indiscutible en el conocimiento, clasificación y acopio museal de obras maestras. Ferviente católico desde su juventud, ha vivido más de setenta años en Italia, donde su villa florentino-setignano «I Tatti» tiene la excepcional importancia de una biblioteca y una colección de pinturas y esculturas formadas por él con sus dotes magníficas de cultura y de conocimiento hondo del arte.

Berenson estuvo en España en dos

ocasiones y le cupo al Sr. Sánchez Cantón el honor de acompañarle y conocer la magnitud de aquella personalidad excepcional. La primera vez fué en el Museo del Prado, a cuya visita se le invitó expresamente por el Patronato para conocimiento de nuestra Pinacoteca y, sobre todo, de la serie de pintura italiana que en ella se atesora. A este propósito menciona el rasgo generoso de que el Sr. Berenson no sólo destinó cuanto representaba la remuneración oficial de la invitación, sino que añadió una cantidad de su propio peculio para incrementar la suscripción pública que por entonces se hacía para la adquisición de la famosa tabla «El Caballero de Montesa».

Terminó el Sr. Sánchez Cantón su discurso necrológico pidiendo que constase en acta el profundo sentimiento de la Corporación, y se acordó así, tras unas palabras cordialísimas del Sr. Director.

Un Congreso de Urbanismo

En la sesión del día 9 de noviembre el Excmo. Sr. D. César Cort informó a la Academia respecto de su asistencia al Congreso de Urbanismo celebrado en Barcelona para conmemorar el centenario del arquitecto Sr. Cerdá, a quien se debe la importantísima urbanización y creación del ensanche de la capital catalana, y comentó desfavorablemente el monumento erigido en memoria de tan insigne personalidad, por hallarse en pugna con la belleza artística.

El Sr. Camón Aznar exteriorió su identificación con lo manifestado por el Sr. Cort en lo referente a la impresión que le había causado aquel monumento, lamentando una vez más que de nuevo se hubiera caído en el criterio de considerar que en tal género de obras se prescinda de la colaboración entre un escultor y un arquitecto. Asimismo lamentó que en esa reunión dedicada al estudio de temas urbanísticos, con asistencia de arquitectos e ingenieros, se hubiera prescindido de los escultores.

Defunción del arquitector señor Gutiérrez Moreno

El Excmo. Sr. Director participó a la Academia, en sesión de 23 de noviembre, que había asistido al funeral celebrado en memoria y sufragio del arquitecto D. Pablo Gutiérrez Moreno, recientemente fallecido. Con este motivo subrayó la admirable y meritoria personalidad del finado. Se trataba de un artista estimadísimo en su profesión y de una persona apasionada de un modo ferviente y constante por la cultura española.

El Sr. Gutiérrez Moreno publicó importantísimos libros de gran interés, que inspiraron enorme curiosidad y se granjearon firme estimación, tanto dentro como fuera de nuestra patria. Como además era un verdadero apóstol de la plena e inteligente divulgación del arte, el Sr. Director creyó que debería hacerse constar en acta el profundo sentimiento de la Academia, acordándose así.

Exposición antológica del escultor D. José Capuz

Merced a la noble hospitalidad y atención de la Sociedad «Amigos del

Arte», cuyo Presidente es el Académico Excmo. Sr. Marqués de Moret, se ha celebrado esta exposición en los salones de dicha entidad. El Sr. Director de nuestra Academia comunicó en la sesión de 26 de octubre que había asistido a ella, y entonces había felicitado en nombre de nuestra Corporación al insigne escultor, que en lo alto de su madurez había dado una demostración de eterna juventud, ratificando su indiscutible maestría. Se trataba realmente de una exposición admirable, y reitera la felicitación, seguro de interpretar el sentir de nuestra Academia, que en tan justa y merecida estima tiene a este ilustre compañero.

He aquí la relación de esculturas presentadas en dicha exposición antológica:

«Torso de mujer» (barro).
«Virgen con el Niño» (madera).
«Niño de la concha» (bronce).
«Pescadora levantina» (bronce).
«El Buen Pastor» (madera).
«Soledad» (madera).
«Mayoya» (bronce).
«Mediterránea» (bronce).
«La Ascensión del Señor» (bronce).
«Maternidad» (bronce).
«Muchacha peinándose» (madera).
«Saliendo del baño» (madera).
«Campesina al sol» (madera).
«Danzarina india» (madera).
«Mujer peinándose» (bronce).
«Después del baño» (bronce).
«Cabeza de San Juan Bautista» (bronce).
«Testa romana» (barro).
«El pintor Benedito» (barro).
«Federico García Sanchiz» (bronce).
«Alicia» (bronce).
«Retrato de mi hija» (mármol).
«Cabeza de Cristo» (barro).
«Dolorosa» (barro).
«Maternidad» (madera).
«Reposo» (barro).
Vitrina con ocho barros.
Vitrina con ocho barros y tres bronces.

Además quedaron expuestos 37 dibujos del mencionado artista.

Exposición de homenaje al pintor Sr. Stolz

En sesión de 23 de noviembre, el Excmo. Sr. D. Modesto López Otero, Director de la Academia, dió cuenta de haberse inaugurado el jueves, día 19, en la Sala de la Dirección General de Bellas Artes del Museo de Arte Moderno, la interesantísima y valiosa exposición, hecha con carácter de homenaje al que fué nuestro insigne compañero Excmo. Sr. D. Ramón Stolz Viciano, fallecido en Valencia repentinamente un año atrás. Esa exhibición presentó un conjunto magnífico de dibujos y bocetos de todos los trabajos que sirvieron para preparar las grandes decoraciones murales y cupulares realizadas por aquel artista.

Al acto inaugural, verificado con nutrida asistencia de personalidades oficiales y de artistas, se destacaba el gran número de individuos de nuestra Corporación, demostración evidente de que la misma había considerado al Sr. Stolz como a uno de sus miembros predilectos y una de las personalidades más auténticamente valiosas de la pintura actual de nuestro país, por lo que se reiteró en sentimiento de la Corporación, haciéndose constar así en el acta.

Este número de ACADEMIA acoge un artículo del Excmo. Sr. D. Enrique Lafuente Ferrari, donde se evocan de un

modo entusiasta y detallado la obra y vida del gran artista.

Exposición de dibujos pertenecientes al Museo de la Fundación "Lázaro Galdiano"

Los actos conmemorativos del fallecimiento de S. M. el Rey Fernando VI en esta Real Academia finalizaron con la inauguración de la exposición de dibujos pertenecientes al Museo de dicha Fundación, la cual ha comprendido un conjunto seleccionado, muy representativo de las series de dibujos pertenecientes a la espléndida colección del señor Lázaro Galdiano. Muchas de esas obras, desconocidas aun para los estudiosos, se han exhibido por primera vez. Están representados en dicha colección cuatro siglos de arte, desde los dibujos renacentistas hasta las composiciones originales de maestros de fines de la última centuria, tanto nacionales como extranjeros, ocupando allí Goya un puesto excepcional. Todo ello atestigua un legítimo alarde de riqueza.

Destacan en esa exposición varios dibujos españoles del siglo XVIII; otros de autores flamencos y holandeses, entre éstos Hobbema, Van Ostade y Van de Velden; otros dibujos franceses del siglo XIX, especialmente Ingres, Delacroix y Géricault, y algunos españoles debidos a Pérez Villaamil, Lucas y Fortuny.

También han llamado la atención algunos dibujos arquitectónicos, figurando aquí proyectos de Sachetti, Ventura Rodríguez, Isidro González Velázquez y otros arquitectos de renombre.

Con ello la Fundación Lázaro Galdiano quiso testimoniar a nuestra Real Academia su acendrada gratitud y ofrecer al público el regalo de una muestra señera de sus colecciones artísticas, como dice el prólogo del correspondiente Catálogo, el cual va ilustrado con varias láminas de positivo interés artístico.

Descubrimiento de una lápida En el Palacio de Liria

El día 26 de noviembre, a la una de la tarde, se efectuó el descubrimiento de la placa costeada por el Excelentísimo Ayuntamiento de la villa de Madrid en el Palacio de Liria, en memoria del Excmo. Sr. Duque de Alba, miembro que fué de nuestra Corporación, y además Director de la Real Academia de la Historia, habiendo adquirido su figura un relieve extraordinario en la vida de nuestra época.

La Academia se sintió satisfechísima por ese acto tan justo, al cual asistieron numerosos miembros de la Corporación, así como lo más importante del elemento intelectual madrileño.

Una Exposición en Estocolmo

La Sección española del Comité organizador de la exposición puesta bajo el título «Spaniers Stora Masters» (Grandes Maestros Españoles), que se sa habría de celebrar en Estocolmo el próximo invierno, y con obras que abarcan desde la Edad Media hasta Goya, dió cuenta de que varios museos y colecciones particulares prometían su aportación desde varios países europeos y americanos, y solicitaba que la Real Academia de Bellas Artes

de San Fernando contribuyese al esplendor de la susodicha exposición, cuya inauguración estaba fechada para el 12 de diciembre.

Tras amplísimas deliberaciones sobre el caso, se modificó ahora excepcionalmente el criterio contrario en absoluto a ceder obras del Museo corporativo para su exhibición en el extranjero, y se acordó en principio remitir el lienzo, original de Zurbarán, «Retrato de Fray Jerónimo Pérez», previo reconocimiento del Académico conservador Excmo. Sr. Labrada. Leído el correspondiente informe en sesión de 16 de noviembre, se acordó por votación remitir a la referida exposición el citado lienzo de Zurbarán con las máximas garantías, y se procedió al envío una vez efectuados pequeños arreglos en el taller de restauración del Museo del Prado.

Fallecimiento del investigador Mr. Chandler Post

En la sesión de 30 de noviembre el Excmo. Sr. D. José Camón Aznar comunicó que el insigne investigador y miembro de la Universidad de Harvard ,Boston), Mr. Chandler Post, había fallecido recientemente.

Con tal motivo, tanto aquel señor Académico como su compañero de Corporación, Sr. Lafuente Ferrari, se adhieren a estas manifestaciones. A continuación el Sr. Censor dice que el finado era miembro correspondiente de la Academia de la Historia, y ratifica los juicios enunciados. Finalmente, se acuerda que conste en acta el sentimiento de la Corporación por la pérdida de Mr. Chandler Post.

Unas aclaraciones

Con respecto a los dictámenes que publicó ACADEMIA en su número anterior, hay que hacer dos observaciones. Aquel referente a la declaración de paisaje pintoresco solicitado por el Ayuntamiento de Cuacos (Cáceres), tuvo por ponente al Excmo. Sr. Don Francisco Javier Sánchez Cantón. En el referente a las Termas romanas existentes en el subsuelo del Campo de Valdés, en Gijón, del cual había sido ponente el Excmo. Sr. D. Luis Menéndez Pidal, se deslizaron algunas erratas. Debe leerse Cornellana en vez de Cornellada; *tepidarium* en vez de *topidarium;* teselas en vez de toselas; Memorana en vez de Memorena; Valdedios en vez de Jaldedios, y Horacio en vez de Horaci. La nota puesta al pie de la página 79 deberá incorporarse al texto original, y la llamada solo dirá: «Del fichero gráfico de D. José Menéndez Pidal.»

Asimismo, en la necrología que a la memoria del Excmo. Sr. D. Elías Tormo dedicó el Excmo. Sr. D. Enrique Lafuente Ferrari, en el número trienal 1955 - 1957, aparecieron erróneamente las palabras vigor en vez de rigor, y caridad en vez de calidad.

Dos bodas de oro con la Arquitectura

En la sesión del día 28 de diciembre, el Secretario perpetuo de nuestra Academia, Excmo. Sr. D. José Francés, expuso que en este mismo mes se cumplían las bodas de oro con la Arquitectura de nuestro Director y nues-

tro Tesorero, Excmos. Sres. D. Modesto López Otero y D. José Yárnoz Larrosa, respectivamente, ambos de la misma generación y de la misma promoción de 1909. La Corporación comparte la legítima satisfacción que deben sentir estas dos eminentes personalidades, a las que tan reconocidos están todos por su dedicación entusiasta y eficaz a las labores académicas.

Al agradecer el Sr. Director estas palabras, manifestó que de la promoción de arquitectos del año 1909 sólo quedaban tres supervivientes, los dos citados y el Sr. Marqués de Gualaderzas.